

PARA LOS NIÑOS



## BAILE INFANTIL

Esta impresión la recogí en Mar del Plata "Playa" argentina. Comenzaba Febrero. Era corresponsal de "La Nación", de Buenos Aires. El bochorno de la ciudad populosa, enviaba oleadas de veraneantes al balneario marítimo. En ellos, todo un mundo infantil. El sitio nocturno de aquella reunión, quedaba a unos veinticinco metros del suntuoso "Bristol". Las mamás dejaban así, con toda confianza, que sus pequeñuelos se divirtieran. Las noches eran frescas, sin ser frías; el cielo, de una pureza tal, que parecía la condensación vaporosa de millones de miradas azules. . . . .

Después de la comida, cuando ya los grandes invadían el salón del baile y conciertos del "Bristol". En la pieza, de tamaño mediano, alfombrada de rojo, contra un ángulo, un piano y un violín dejaban oír sus acordes acompañados.

Afuera, en al patio, papás y mamás, solícitos, los miembros mayores de la familia, recibían charlando el baño de la luna, que se juntaba con los artificiales resplandores de las incandescentes. Entre ese grupo destacábase el rostro armonioso de una joven: en su tipo, la perfección de líneas anglo-sajonas, y la expresión intensa y ardiente de las mujeres de Italia. La luz la rodeaba de una orla de gloria trémula y de la sombra del muro surgía con el maravilloso modelado de una escultura que tuviera alma.

El pianista tocaba una gavota. Los chicos bailaban. . . Esos bebés que apenas se alzan del suelo, esas muñequitas humanas, de formas ambiguas, se revistieron de la gravedad de personas serias, y ejecutaban las partes de la aristocrática danza, -con una maestría, con una precisión encantadoras. . . Se separaban, acercábanse, se inclinaban, entrecruzábanse, tomábanse delicadamente las manos,

sonreían con ceremonia, hacíanse profundas reverencias cortesananas, y en su girar pausado y sabio evocaban todos los esplendores de las fiestas versallesas. Y al mirarlos con sus pantalones y sus faldas cortas, se me antojaban encarnaciones diminutas de las pastoras-princesas, de los campesinos -duques- que daban esplendor y fausto a los bailes de las cortes de los Luises de Francia.

En las sillas y sofás pegados a la pared, los niños y niñas semiadolescentes, veían el baile de los pequeños y se observaban. No formaban grupos mixtos: los varones, distanciados, dirigían a hurtadillas miradas rápidas a la rueda femenil. Y las muchachitas, conscientes ya de su poder, de sus irresistibles medios de hechizamiento, provocaban a aquéllos con miradas francamente audaces, con sonrisas, con coqueterías científicas. . . A veces inclinábanse entre sí- una tremulación de rizos multicolores -cuchicheaban sin dejar de mirar. . . . y una carcajada fina, aguda, que recorría todos los medios tonos de una escala cromática, se desgranaba como lluvia de alfilerazos, en el contrario círculo, donde las cabezas de cabello corto se turbaban, enrojecían, abatíanse, obligando a sus dueños a agitarse nerviosamente sobre la blandura de los asientos.

El baile de los bebés seguía en la paz de la noche. A la gavota sucedieron los lanceros. Igual destreza en la ejecución de las figuras, augurada una conclusión correcta. . . . .

Pero de pronto, un diablillo con faldas, muy rubio, muy sonrosado, de inocentes ojos verdes, malignamente se equivocó. Rompió la armonía; el cuadro se descompuso; la confusión se produjo; hubo voces, gritos, acusaciones recíprocas, y al fin, una algazara de disputas transformó a los corteses chambelanes, a las discretas princesitas, en enemigos airados, que se amenazaban, ya en pleno olvido de las delicadezas comedidas que los dos sexos deben tenerse. . . . Las mamás, los papás, las ayas, intervinieron. La calma se restableció; y un vals de Waldtaufeld, juntóles de nuevo en parejas adorables. Entretanto, aprovechando el tumulto, el pasivo círculo masculino salió sigiloso, sustrayéndose a las bromas, a las miradas, a las risas felinamente traviesas de las semiadolescentes, que ahora se aburrían, apesadumbradas de su victoria. . . . .

Afuera, otra legión infantil contemplaba, por las ventanas y puertas abiertas, a los de adentro. Eran los chicos del pueblo: ven-

dedores de diarios, repartidores de cartas y telegramas; hijos del trabajo rudo, de las miserias angustiosas, los cuales, dentro de la humildad triste de sus trajes, veían, como en mágico cinematógrafo, el cuadro brillante y lujoso de los otros.

¿Qué pensarán -me pregunté- esas caritas morenas, tostadas por el sol, de las calles, curtidos por los fríos de las intemperies, en el invierno, en el otoño y en la primavera? . . . El contraste melancolizaba las ideas. Era como una sombra espesa, sirviendo de fondo a figuras radiantes. ¿Cuáles serían los pensamientos que cruzaban por esos cerebros, ya comprensivos, cuando entraran en la pobre casucha, cuando extendieran los miembros -cansados por la labor diaria- en el lecho duro y estrecho, sobre la aspereza de las sábanas, y cerraban los ojos, llenos aún del deslumbrante espectáculo ha poco contemplado? . . . Pero no: sonreían en sus sueños gozosamente, porque el ángel de los niños tristes lleva, piadoso, a sus almas, visiones encantadoras; tanto más bellas cuanto más ideales, para que al despertar, sus rostros reciban risueños la caricia de la luz! . . . . .

Al salir veo, en un rincón, a dos niños que dialogaban. Uno formaba hace poco en las gavotas y los lanceros; el otro, del pueblo, era de los espectadores. La proximidad del "chalet" y de la casa rústica los hizo, sin duda, amigos. Y escucho la voz del uno diciéndole al compañero:

-Sí, en mi casa me dejan. . . Díle a tú papá que nos lleve mañana a pescar. . . . .

-Cuánto nos divertimos el otro día no es cierto? Este baile es muy aburrido! . . . . .

El Imparcial, Méjico, 13 de febrero de 1908.



CLARO DE LUNA



## CLARO DE LUNA

Para El Ensayo

Media Noche.

Solo, bajo el cielo inmenso, ante el prestigio augusto de la luna, pienso y sueño. Y, como en la onda de una brisa dulcemente animadora, todos mis pensamientos y todos mis sueños vuelan a tí; a tí, amada mía, que duermes, quizás, -azucena inmaculada- entre la nieve de tu lecho de virgen. Pienso y sueño, y a la magia de tu recuerdo visionero ¡qué de anhelos van brotando en mi alma, la nostálgica eterna de la dicha!

Sí, querría que fuera en una noche como ésta la hora suprema en que irradiara de tus pupilas agarenas la llama sagrada, en que surgiera de tus labios estremecidos la palabra milagrosa.

Y que fuera allá, lejos de las ciudades, lejos de lo ficticio, lejos de todo lo que amarga y de todo lo que hiere, en un sitio bello, misterioso como el amor, dentro de un bosque inviolado, sonoro al viento como una gran lira, cerca de un lago pequeño, suavemente melodioso como el canto de una flauta lejana. En sus orillas, lises rojos como rosas y rosas blancas como lises. Sobre el cielo, entre velos de nubes albas, la luna. . . . ¿Margarita? ¿lírio? ¿perla? . . . . no: Ofelia naufraga flotando en un vasto mar azul. Por la atmósfera, vibrante como el cristal, diáfana como plata fluída, un vuelo níveo de palomas; y sobre el lago la floescencia cándida de una parvada de cisnes. . . . .

Y allá, bajo el cielo inmenso, en la majestad tranquila de la naturaleza, ante el prestigio augusto de aquel claro de luna -y en tanto que la ola de tus cabellos caía por tu espalda como un jirón del manto de la noche sobre un campo de nieve -que viera yo irradiar de

tus pupilas agarenas la llama sagrada y escuchara de tus labios estremecidos la palabra milagrosa. Y allá los dos, solos, juntos, que comulgáramos en el cáliz rojo del Beso, triunfando así, tú de mis nostalgias con el esplendor de tu belleza, yo de tí con mis caricias y ambos con nuestra juventud del Tiempo y de la Vida.

## APENDICE



## CRONICAS



# CROQUIS LIMENO

A . F . García Calderón Rey.



## CROQUIS LIMENO

Este invernal cielo de Lima, invariablemente gris, en la eterna primavera de la temperatura, como si con femenina coquetería quisiera evocarnos a las hermosas de otros tiempos, todas radiantes de gracia juvenil bajo la fingida ancianidad de sus cabellos blancos, ofrece una rara sonrisa de azul, un franco gozo de sol. Así, paso a paso, por la calle de Belén - cuyo agradable modernismo arquitectónico termina de modo lúgubre con el pesado edificio de la Penitenciaría - llegó a la Exposición. El paseo central está desierto. Son apenas las cinco, y las habituées, aún por "Mercaderes y Espaderos", mariposean en las tiendas de lujo, ante la complacencia de los empleados, melancólicamente golosos.

La fluidez lumínea de la tarde da al vasto jardín un aspecto nuevo, también risueño. El verde de hojas y céspedes, y el prisma de las flores siente el influjo del beso solar; se percibe el hervor de la sabia generadora, el ritmo de la interna vida vegetal, concertando con las armonías del éter. Entre los boscajes, contra los troncos venerables, surgen a veces formas estatuarias, en la virgen belleza de su juventud inmortal. Y por los senderos, bajo las altas ramas, hay ya penumbras indecisas, prematuros avances de sombra, fugas furtivas de luz, en la sonora soledad del recinto. . . . .

Entre tanto, desfile por las jaulas de los cóndores. Agrupados en la estrechez de su vivienda, permanecen quietos. Algunos tienen la calva, señorial cabeza fuera de los barrotes, fijas las pupilas en cosas lejanas. Acostumbrados a su prisión, aquellos dominadores de las alturas, llevan allí una existencia de modorra y hastío, perennemente plegadas las alas en otros tiempos vencedoras soberbias del huracán. Tal como ellos hay también almas de poderosas energías, aptas para todas las victorias, condenadas por la estulticia humana a la inacción paralizadora de los horizontes mezquinos. . . . .

Unos cuantos niños se hallan frente a la casa de los monos. Los móviles cuadrumanos saltan a los trapecios, se mece, se estiran, se doblan, en ejercicios dignos del más hábil acróbata. Una chicuela de familia rica, deliciosa bajo su amplia cabellera castaña, les arroja una

moneda de plata, luego otra. El morenito que está al lado, vendedor de diarios, mira las monedas, mira a la niña, y queda pensativo. Calcula sin duda lo que él haría con ese dinero. Un mono toma las dos piezas, las frota contra el suelo, las golpea, las observa, y al fin las deja desdeñosamente en un rincón, volviendo a sus ejercicios funambulescos. El chico pobre se aleja meditando. . . .

Cerca de los leones. La hembra dormita; el macho se pasea, como con el orgullo de ser el más hermoso ejemplar de todas las colecciones zoológicas. A ratos se detiene, y sus grandes ojos amarillentos contemplan a la distancia el cruce raudo de un tren. En el pequeño lago, donde el cielo vierte su radiosa serenidad, dentro del bote, un robusto muchacho, de tipo sajón, boga. Su temperamento de sportman le impulsa tal vez a buscar en cualquier sitio, hasta en el menos apropiado, diversiones musculares.

La barca, contenida dentro de tan reducido circuito, voltea sin tregua; así pasa y repasa debajo del puente. En el lugar de ella, bien estaría allí una pareja de cisnes, poniendo sobre el agua tranquila la imperial blancura de su plumaje. . . . A lo lejos, un espacio de pradera descubre el horizonte, a cuya parábola, entre púrpuras y violetas llameantes, descende el sol. Y regreso, turbando con mi presencia idilios, celebrados en el misterio de kioscos diminutos, cubiertos de follaje.

Cuando salgo luego al "Paseo Colón", se inicia el ocaso, con suntuosidades onnicromas. Por los dos camellones centrales de la avenida - cuyo comienzo lo marcan, a la izquierda, el palacio museo y a la derecha el artístico laboratorio de química - la concurrencia de señoras y de niños describe, con lento andar, su acostumbrada elipse. Grupos de mozas circulan en dirección contraria. Algunos, novios o amigos, se acercan a ellas. . . . No es día de fiesta, y la ausencia de la banda de música evita el amontonamiento popular en torno de los ejecutantes. Desde una banda observo las figuras. Avanza una esbelta, grácil, con flexibilidades serpentinadas, en traje verde, de mar. Es rubia; bajo la delicadeza sedosa del cutis se transparenta una como luz rósea y de toda ella emerge la distinción suprema de su aristocracia colonial. Cruza otra, pálida bajo la borda negra de sus cabellos. Viste de blanco; su andar es pausado y rítmico, sus gestos lán-

guidos; su actitud evoca el oriente arábigo. Linda y risueña la que llega; en su cuerpo, la infancia aún no se declara vencida y la juventud no triunfa por completo; pero en esos contrarios crepúsculos de dos edades hay ya un esplendido brote de contornos núbiles, una suave irradiación de gracia espiritual. Viene otra, vestida de rojo sombrío. Su tipo es el del más puro criollo; sus grandes ojos oscuros están llenos de ensueño, como con el anhelo de conocer el secreto de la vida. Todavía desfilan diez, veinte. . . La belleza de la tarde derrama su prestigio sideral sobre todas esas plásticas vivas; y aparecen ante los ojos contempladores con encanto inefable, tal como en otro tiempo, en el ágora, ante la multitud reverente de la ciudad artista.

“Chair de la femme, argile idéale, o mérveidelle”

Nobleza de la línea en la más noble de las formas, la femenina arquitectura! Resistiendo a los mil cambios del artificial ropaje y a las mil fusiones de las distintas razas, al través de las épocas seculares, bajo los diversos climas, hoy como en el primer día del mundo, en cada florecimiento de mujer perdura incólume el arquetipo inicial, extraído de la materia inerte por la divina mano del creador. Así, la limeña como la bonarense, la española como la francesa, y éstas y las otras como la griega del siglo magnífico, serán siempre, en su adorable euritmia, la síntesis maravillosa de todas las armonías y de todos los esplendores del cosmos. . . .

La noche se filtra ya por entre las nieblas vespertinas. El claro-obscuro crepuscular poco a poco apaga las tonalidades de las telas, el relieve de los cuerpos. Las figuras circulantes pierden su densidad, palidecen, se inmaterializan, adquieren ligerezas aéreas trazando ahora rondas de siluetas fantásticas.

En el occidente, la muerte del sol dejó un gran incendio rojo, prolongado hasta la mitad del firmamento en desvanescencias de carmín. De allá - mientras la sombra se espesa y la concurrencia se aclara, en el desbande de retorno - se desprende una nube de oro, surca el azul con rumbo a lo infinito. . . . .

Lima- agosto 1904. “El Heraldo del Istmo” No. 20 de 3 de noviembre de 1904.



**HORAS AUSTRALES**



## HORAS AUSTRALES

Desde el "Panamá"; en la rada exterior, a las cinco de la tarde contemplo el panorama. Bajo el azul, al oeste, el incendio del ocaso tiñe el plano del cielo de sangre luminosa. Así, el verde del cerro aparece en una bruma rosa, extendida sobre toda la curva de la costa. Entre la colina y la ciudad, los pueblos vecinos semejan, a la distancia, compacta legión de gaviotas inmóviles a la orilla del mar. Luego, la vista descansa cariñosamente sobre la capital uruguaya, encantadora en su conjunto, con sus casas en superposiciones pictóricas, como un paisaje de acuarela. Al oriente, la ribera desciende lenta, hasta esfumarse en la lejanía. . . .

El crepúsculo invade ya el espacio. El mar se obscurece; las sombras se espesan, persistiendo, al occidente, amplia mancha de oro bermejo. La ciudad pierde poco a poco sus contornos netos, ofreciéndose vaga, informe, a los ojos escrutadores. Después, todo se borra en la plena noche. . . Son apenas las seis; el vapor eleva anclas, y la mirada, flotando en el nirvana de lo negro, deja al espíritu sumergirse en sus evocaciones melancólicas. En la memoria surgen las impresiones de la partida. . . La mañana bulliciosa, mareante por el desembarco en Montevideo; los gritos de los estivadores y los silbos de los vaporcitos; los atropellamientos del trasbordo; la mezcla abigarrada de sexos y de clases, y cerca, la ciudad, levantando sobre los techos las flechas de sus torres, en el ambiente ya vibrante de sol. . . . La noche en el vapor fluvial, insomne y triste; la silueta juvenil, armoniosa, de la viajera vecina en la mesa de comer, conocida fugaz de un instante. . . Y más allá, también en el crepúsculo, sobre la dársena bonaerense, el grupo de íntimos, después del abrazo- itan lleno de sollozos contenidos! - destacando sus figuras inconfundibles sobre un fondo de tinieblas. Allí quedan cariños inolvidables, tristezas y goces, desalientos y entusiasmos, fraternalmente compartidos.

¿Volveré á encontrarlos?

El "Panamá" navega en plena mar a la hora de comida. Pocos pasajeros, unos treinta a lo sumo. Las frases en inglés vuelan de un lado a otro, ininteligibles las más traducidas algunas por mi compañero de la izquierda, el ex-capitán Castellioni. Nacido en Sorrento, hizo su aprendizaje en el Mediterráneo. Anduvo luego, en un velero, por las cuatro partes del mundo, y ahora reside en Buenos Aires, donde tiene su hogar y su puesto en la compañía de vapores Houlder Brothers. Va con el gerente a Punta Arenas, en negocios de la empresa, el establecimiento de un frigorífico. Sus breves horas a bordo le han dado ya el conocimiento de todo el personal. Por él se algo de los únicos seres femeninos que nos acompañan; dos jóvenes inglesas de tipos opuestos. Una, a la derecha del comandante, grande, maciza, es novia de un comerciante británico, establecido en Talcahuano, quien la espera en Port Stanley. Se casarán allí, para seguir en el mismo "Panamá" al puerto chileno. La fisonomía de Miss Elizabeth - su nombre - es vulgar; la gracia está ausente de su cara roja, asimétrica. No es envidiable el novio. . . La otra, en frente, delgada rubia, con la piel alba, levemente rósea, las facciones menudas, puras, el cabello, en bandeaux, escuadrándole luminosamente su rostro oval, es digna del pincel prerrafaelista de Burnes Jones. "Se llama Miss Ketty - me dice Castellioni - y va a Santiago como profesora de un colegio inglés". . . . Ambas viajan solas, confiadas a sí mismas, no sumando las dos cuarenta años. Y si Miss Elizabeth habla solamente a la materia, sin conmoverta, Miss Ketty, en cambio, con su cuerpo ambiguo de efebo y su cabeza de virgen botticeliana, parece hecha de una substancia que da a los ojos impresiones espiritualizadoras aleja de los sentidos toda idea voluptuosa. . . .

La sobremesa, en diálogo con Castellioni, se prolonga. Me narra, con su pródiga verba de la Italia meridional, sus aventuras de marino, ya remotas; las recorridas peligrosas del Mediterráneo; las calmas abrumadoras en travesías de meses, sobre el Atlántico, en las zonas ecuatoriales; los ciclones de las Antillas; las tempestades del cabo de Hornos. Su palabra la corta de pronto una onda de música. Pasamos al salón de conciertos, inmediato. Miss Ketty está ante el piano. De la chaquetilla varonil, color de oro antiguo, surge su cabeza rubia, radiosa en el baño de luz de las incandescentes. Sus manos finas y largas se agitaban sobre el teclado, y la "Berceuse" de Grieg repercu-

te en la acústica propicia de la sala. El médico del buque, a su lado, da vueltas a las hojas del cuaderno. Ella toca con intachable maestría, y así en el ambiente musical, su rostro bizantino, impregnado de misticismo, se idealiza más, adquiriendo una apariencia extraterrena. . . . ¿Qué mundo interno palpitará dentro de ese cuerpo frágil, en donde la caricia enamorada parecería una profanación?

Cuando salgo a cubierta son cerca de las nueve. El cielo austral ostenta, impecable, su oscuro terciopelo, profusamente flordelisado de astros. Entre ellos, con irradiación intensa, la cruz del sur titila suave; y como sostenida por invisible mano protectora, dijérase que bendice al solitario viajero. . . El viento sopla, frío. Sobre el océano entenebrecido las olas ruedan, persiguiéndose incesantes, iluminadas por la fosforescencia de las espumas. De abajo, del entrepuente, sube la canción de los marineros, un aire quejumbroso, donde vibra toda la nostalgia de los hogares lejanos. La ciudad oriental, con sus focos eléctricos, desapareció ya en el horizonte; pero la otra, la enorme y benigna, late poderosamente en mi recuerdo, melancolizando las esperanzas del futuro. . . . .

Cuatro días imposibles hasta Port Stanley. . . Desde el lunes en la tarde castiga el dorso del océano rudo viento austral; y la inmensidad líquida se encrespa, se resuelve, muge bajo el casco del buque, en olas hostilmente formidables. Y el "Panamá" sigue su travesía de cuatrocientas leguas, combatido por la cólera de los elementos. Con la proa recta siempre al sur, corta el viento y rompe el oleaje, todo estremecido y saltante, cual si fuera un gigantesco organismo con músculos y alma. En la noche, el ruido estridente de la hélice, girando en el vacío; las caídas bruscas del buque sobre sus flancos; el chasquido del viento y el choque de las aguas, sinfonizan un concierto infernal, ahuyentador del sueño. El frío aumenta, oscilando el termómetro de uno a cuatro grados bajo cero. El vapor corre hacia el invierno, y éste, con irónica prisa, le sale al encuentro, glacial. El cielo es de un gris invariable: y las horas á bordo transcurren lentas, monótonas. .

En el salón de fumar, algunos pasajeros juegan a los naipes con el comandante: su permanencia allí es para todos signo de seguridad. En el de conciertos, Miss Elizabeth, tendida en un sofá, sueña, tal

vez, en sus próximas nupcias, en las amables noches de desposada hasta el Pacífico.

. . . Miss Ketty, incansable en el piano, insensible al marco, lee música. Y bajo sus manos gráciles y diáfanas, Beethoven y Wagner, Haydn y Grieg, Chopin y Mendelssohn, mezclan sus sonatas, sus sinfonías, sus nocturnos, sus lieder, a los estruendos exteriores. . . .

Los días se acortan. Las mañanas son interminables auroras pálidas. Un sol friolento tiritita detrás del perenne nublado: y a las cuatro, tras breve crepúsculo, la noche cae sobre el mar como un gran duelo. . . . El canto de los marineros se eleva entonces del entrepuente, cual un extraño Angelus, como la plegaria suplicatoria al Dios, que rige y ordena las fuerzas bravías de la naturaleza. . . . .

Y con ese tiempo adverso penetramos en Port Stanley, por el complicado zigzaguo de la rada. A la vista, sobre la pendiente de leve colina escueta, se disemina un centenar de casas, bajas, con techos y muros de zinc. En el fondo, al sur, un promontorio se yergue entre la bruma. . . El paisaje es todo gris: el cielo plumizo, el mar de estaño, la tierra lívida, cubierto de líquen ceniciento. . . Son las dos de la tarde. El sol, siempre bajo su embozo de nubes, traza cerca del horizonte su vasta curva. El frío persiste. . . Pienso con vaga opresión, en los habitantes de estas islas inhospitalarias, donde ya el invierno esparce su soplo congelado. Y pienso en Buenos Aires, en sus calles sonoras de muchedumbre, hermosas por el lujo de sus vidrieras y el paso de los coches flamantes; en las salas de las casas amigas, y, sobre todo en el ambiente, cálido de afecto, de la mesa familiar, donde la juventud derrocha sus alegrías, en frases chispeantes de ingenio. . . . .

En la noche, durante la comida, se nota la ausencia de Miss Elizabeth. . . . Castellioni da la noticia. El novio murió el domingo, en el momento quizás en que la esperada, prometida partía de Montevideo. Miss Ketty está silenciosa, meditabunda. . . Y mi imaginación ve a la novia viuda, solitaria en el camarote, sumida en lo abrumador de su pena. Acaso dentro de la vulgaridad de esa forma carnal palpita una alma apasionada, un corazón delicadamente sensitivo. . . Sigue hasta Valparaíso, para regresar en el mismo vapor a Inglaterra. ¡Qué dos viajes tan distintos! . Todo ilusión riente y entusiasmos

y sueños el primero; el otro, el de retorno, todo amargura y desesperanza. En verdad, la vida tiene a veces sarcasmós crueles.

El acontecimiento, por unas horas, sacude la calma tediosa de la existencia a bordo, que vuelve a ser enervante hasta Punta Arenas. La entrada en el puerto chileno, por el estrecho, es un desencanto. Bruma espesa oculta a las dos orillas. Del cielo, bajo y opaco, cae una nevada, sutil como desmenuzamiento de plumazones de cisnes. La temperatura marca cero; y cuando el vapor detiene su marcha al través del cielo brumoso, se vislumbra apenas el caserío de la costa. Sobre un fondo impenetrable se dibuja incierto, entre las siluetas fantásticas de la flota mercante. Castellioni nos abandona, llevándose su expansión comunicativa. Los vendedores de pieles tapizan el puente con la suntuosidad de su mercadería. En torno, agujereando el aire turbio, resuenan los silbidos de los remolcadores. Saltan pasajeros. Suben otros. . . Y de nuevo el crepúsculo, y una noche más de frío, de silencio, de nostalgia.

Pero nunca olvidaré el espectáculo, único en su magia pictórica, ofrecido a mis ojos el día siguiente, por repentino cambio de tiempo. Libre de nubes, el espacio azul es como una risueña caricia bajo la gloria matinal. El agua lo refleja, en la belleza de quietismo espejeante. Y uniendo las dos serenidades, la del cielo y la del mar, los Andes poderosos desde su comienzo, levantan sus masas, todas níveas, como exornadas por imperiales armiños. La nieve adquiere cristalizaciones diamantinas: y así los picos conviértense en prismas, donde los rayos del astro vibran, saltan, chocan y chispean, descomponiéndose en maravillosos iris. . . Los pasajeros, agrupados en el castillo de proa, miran absortos. Y mi espíritu - placa dúctil en que se graban las más leves vibraciones del espectáculo circundante - en esta fiesta del color, siéntese como transportado a un mundo de prestigio, donde encuentra íntimas concordancias, supremas armonías, entre su esencia inmutable y el alma móvil de las cosas. . . . El vapor serpentea al través de increíbles desfiladeros. Las dos costas se alzan rectas hasta el azul, y parecen tan próximas que producen la opresora impresión de un trituramiento, como si cortadas de un solo tajo por la furia de algún dios salvaje, las energías ocultas en su seno pugnarán por justarlas.

El tiempo pasa inadvertido. Las sinuosidades de la marcha se su-

ceden, siempre entre la doble blanca muralla resplandeciente. . . Los pasajeros se retiran llamados para el lunch, quedamos sólo Miss Ketty y yo en el puente de la guardia. La joven inglesa, reclinada en la baranda, contempla y medita. Su figura, tan fina, tan rubia, tan espiritualmente pura, en medio de la grandiosa decoración se hace casi intangible, como de elemento fluído; y antójaseme el hada virgen de estos sitios, guiando la nave amiga. . . La tarde declina. El vapor traza su última curva y entra en un ensanche del estrecho. Las orillas se dilatan: un vasto lago reemplaza los canales. Más serena, más cerúlea, el agua parece dormir un divino sueño de hermosura. El sol viaja ya detrás de las cumbres, las penumbras vespertinas empalidecen la nieve; fundidas en una sola, las dos costas cierran el horizonte dentro de un círculo hermético. Así, los Andes, siempre soberbios, ahora de nuevo lejanos, con sus moles blancas, escalonadas en colosal gradería, traen a la mente la idea de un portentoso coliseo tallado en mármol por la naturaleza creadora para luchas de cíclopes y dioses. . . . .

La tarde muere. Los minutos crepusculares son un esplendor de púrpura, multiplicado feéricamente por las aristas de la nieve, por las facetas de las ondas. Grave, augusta, sobre la cabeza del contemplador pensativo, otra vez peregrino de lo desconocido, desciende la noche, concertando en su seno las secretas armonías de los astros. El Pacífico está cerca y, por misterioso contraste, mi espíritu retrocede y vuela a la ciudad generosa, ya tan lejos, donde quedan seis años de goces y tristezas, quizás los más intensamente vividos de mi juventud fugitiva.

Estrecho de Magallanes 1904.

“El Heraldo del Istmo” No. 20 del 3 de Noviembre de 1904.

# NUEVAS SAVIAS

A Ramón M. Valdés



## NUEVAS SAVIAS

Hace tres o cuatro noches, en esta ciudad, la patria natal, hice una excursión por los suburbios y los comienzos de la Zona del Canal. . . Hay que imaginarse las horas nocturnas de Mar del Plata, con la vegetación maravillosamente decorativa de las márgenes del Luján, para fotografiar en el espíritu el esplendor de este cielo y la pujanza de estas génesis de savias. La luna -es ella y lo será siempre- la milagrosa transfiguradora de la naturaleza, suspendida en el éter parecía uno de los castos senos de Atenea. El calor, suavizado por las brisas marinas, se aletargaba en el regazo del viento. El cosmos de lo infinitamente pequeño, hacía perceptible en la placa electrizada del ambiente, como el bullir de un océano fluido. Y a lo lejos, las aguas salobres, respondían con un eco armónico. . . . .

El coche andaba despacio. Los árboles eran siluetas de seres de misterio, destacándose en perspectivas confusas. Y se inclinaban, como en una salutación amable, como mecidos por espíritus protectores, sacros para el recuerdo de años remotos en el pretérito. . . Tal, en idénticas noches cálidas, gustábame pasear, solo, o en compañía de amigos y, a veces de amigas, en Buenos Aires, por las avenidas de flores y por los riachuelos del Tigre; en la Habana, por su admirable Malecón; en Lima por sus pictóricos balnearios. Y cual entonces, mi pensamiento, extraño a las agitaciones de los afanes humanos, comulgaba, en un transporte de serenidad, con el alma imponderable del Universo. . . Ahora, acompañábame un amigo. Taciturno también, sumergido en sus preocupaciones íntimas, por intervalos debía de rememorar nuestra infancia de condiscípulos, sus ensayos y los míos, de escritores, en la adolescencia. La política -vorágine absorbente en los países del trópico, -lo envolvió, conquistándole su intelectualidad. Pero no naufragó en él su fino impresionismo artístico, y en ocasiones se manifiesta hermosamente. Nos

conducía un cochero. Su tipo evocaba a los indígenas del Cairo. . . . Había en él ansias de "inteligencia verbal".

Era locuaz aquel muchacho, y su soliloquio obligábanos a oírle, cuando la simultaneidad de las imágenes externas producía ondulaciones mudables en las ideas. Desde el linde del prolongado suburbio, nutrido de casas, retrocedimos hasta el comienzo de la Zona. En frente, la estación del ferrocarril interoceánico, indicaba, como la del "Once" bonaerense, el término de la ciudad. Tan sólo una calle la separa de la tierra de los Estados Unidos. Una plazuela, con árboles y bancas, donde la luna pintaba claro oscuros argenteos. Cerca, el hotel para los empleados del Canal, semejante, sin la terraza, al Bristol de Mar del Plata. . . . El coche trazó una curva en torno de él, y siguió por callejuelas bordeadas de chalets. Allí empieza la falda del Ancón, el torso hiperbólico de un paquidermo del período terciario.

Esas villas risueñas y graciosas, pero desiertas; esos jardines de una flora incomparable, por las cuales transitaban hermanas de caridad con grupos de educandas, todo el primoroso paisaje de los hospitales de la Compañía francesa, que pusieron un poco de benevolencia melancólica en la pluma, siempre acidulada, del maestro Paul Groussac, hanse repobado, multiplicándose. A las incontables salas para los enfermos, se agregan hoy hileras de casitas de madera para los trabajadores en "La Boca" de la ya demediada vía intermundial. Edificaciones ligeras, diminutas de un piso, y cuyo farol chino, o japonés en el balcón, despertaba en la memoria al Loti colorista del Extremo Oriente. . . . El cochero soliloqueaba: -Todo lo quieren para ellos estos yanquis. . . . Son tan egoístas! . . . . Miren ustedes, señores: desde aquí para allá, dentro de toda la Zona, no se dá entrada a ninguna de las pequeñas industrias del pueblo panameño, lo mismo que nada adquieren del comercio grande de la capital. . . . Todo lo traen de su país, desde la más costosas hasta la más infimas mercaderías. . . . En Panamá no se gana casi ni para la diaria subsistencia. . . . Cómo nos engañamos al creer que iba a repetirse el tiempo de los franceses! . . . .

Sí, el incontenible derroche de dinero, cuyo agosto empañó por manera indirecta, la prefulgencia de gloria del "Gran Francés", tiene ahora su exagerado extremo con la nueva empresa, contradiciendo de

esta suerte, y para desencantado, general asombro, la proverbial esplendor de la república anglo-americana. Le dieron los representantes actuales del gobierno contratista de los Estados Unidos, a la capital, un adoquinado modelo; impulsaron las edificaciones modernas, elevando sus precios de arriendo a cantidades fabulosas. . . . y luego lanzaron su tenaz, morboso boicot, primero, para el comercio y las industrias de la población ciudadana, después para todas las vecindades de la Zona. Recientemente, para la burocracia nacional y cosmopolita, según los decires circulantes. . . . Pero la canalización prosigue con pasmosa rapidez, anulando todos los obstáculos de la tierra abrupta. Y puede tenerse ya fé en el no distante, magno consorcio de los océanos. No era eso lo que se deseaba? . . . Por qué exigirles más a sus constructores, si desde hace cincuenta años conocíamos su carácter y sus idiosincrasias económicas, por la colonia formada, la mayor parte, en Colón, para dirigir y administrar el ferrocarril del Atlántico al Pacífico? La gran empresa del Canal requería, precisaba, inducía y deducía de sí misma la hipertrofia enorme de esas características. . . . Nuestro cochero continuaba su monólogo. La noche transcurría en una calma superterrena. La diafanidad del infinito, su beatitud luminosa, cerníase sobre nosotros, como ritmos de miradas en nuestros pensamientos en baños imponderablemente sedativos. No muy lejos, abajo, la bahía, con la elipse de su costa y el engarce perlino de sus islas, irradiaba las refracciones blancas, -blancuras niveas de la luna. Una total quietud regía la vida del planeta. . . . .

El coche ascendió por la ladera del cerro. Estábamos en el límite norte del extenso hospital. El silencio del reposo envolvía los pabellones cerrados. Por aquella avenida, de piso de "madera" costeamos el costado de Ancón. El panorama se transformó.

La vegetación imperaba allí solitaria. A los pies distante, entre luminarias eléctricas, surgía vagamente el caserío de la Boca, la entrada del Canal: colinas azuladas, en su opuesta orilla. En todas partes había un grave mutismo, como si aún flotara en esos lugares el espíritu nostálgico de la antigua empresa, visitando las ruinas de las poblaciones, que disolvió, destruyó el trágico, ruidoso crack financiero. El mar, cercano, vibraba, lleno de energías. Las excavaciones, los nuevos trabajos, acentuábanse en la transparencia de la

atmósfera. El perfil de la dársena en construcción; el “muelle”, admirable, con sus maquinarias eléctricas, y a su flanco vapores mercantes; cercos de pastizales con casas rústicas, para dar relieve y perspectiva al gran lienzo de las audacias de la obra colosal; el conjunto de tantas cosas contradictorias; la pletórica naturaleza del trópico invadida, dominada por el esfuerzo de los hombres, por las creaciones irresistibles de su cerebro, semejaban, en aquel momento fugitivo del tiempo, una como orquestación de mil asonancias y discordias de vidas y de cosas, hechas armónicas por el genio del progreso. . . . .

-Alto, cochero. . . . .

Regresábamos. En el camino desierto apareció de pronto, iluminado, un edificio de varios pisos. La voz era del guardián, y la casa, un hotel de la Zona. Aquél hizo un reconocimiento visual de nosotros, y dió una orden al cochero.

-Tenemos que aguardar unos minutos dijo. -Viene un yanqui. . . Dispénseme: quiero ir a la ciudad. . . y como no hay por aquí otro coche. . . . Yo no los quiero. . . pero, pagan bien. . . Le cobraré a éste aparte. Se gana muy poco! . . . . Los cocheros también entramos en el boycott. Hay que aprovechar los momentos humanitarios! . . . . .

En efecto, un hombre todavía joven salió del hotel. Sin saludar, tomó sitio en el vehículo, frente, al lado del auriga, cuya obsequiosidad para el anglo-sajón manifestóse en seguida con unos balbuceos de inglés contestados con silencio de cominio. El coche continuó por el sendero angosto, entre la tupida maraña de árboles exuberantes. A ratos, a la derecha, abajo, surgía, disco de níquel, un breve trozo de transfigurada por la fantasía en uno de los senos de la diosa vírgen, venerada en la Atenas de Homero, paseaba, bajo la curva sideral, su carne de nieve y de luz. . . . .

Panamá- 1908.

## HORAS LEJANAS

<i>Intangible</i> . . . . .	13
<i>En el Guayas</i> . . . . .	35
<i>Un Beso</i> . . . . .	43
<i>Hipnotismo</i> . . . . .	49
<i>La Zamacueca</i> . . . . .	57
<i>Los Desposados de la Nieve</i> . . . . .	63
<i>Violetas</i> . . . . .	69
<i>Pensativa</i> . . . . .	75
<i>Meditación</i> . . . . .	83
<i>La Sorpresa</i> . . . . .	89
<i>Páginas de Vida</i> . . . . .	95
<i>Claro de Luna</i> . . . . .	103
<i>Betty</i> . . . . .	109
<i>Las Tres Novias</i> . . . . .	115
<i>La Nueva Leda</i> . . . . .	121

### CUENTOS PUBLICADOS ANTES DE LA EDICION DE HORAS LEJANAS

<i>Acuarela</i> . . . . .	133
<i>Doliente</i> . . . . .	135
<i>Un Ideal</i> . . . . .	141
<i>Intangible</i> . . . . .	147
<i>Una Alma</i> . . . . .	155
<i>La Sorpresa</i> . . . . .	163

### CUENTOS PUBLICADOS DESPUES DE LA EDICION DE HORAS LEJANAS

<i>Bajo la Lluvia</i> . . . . .	175
<i>Para los Niños</i> . . . . .	189
<i>Claro de Luna</i> . . . . .	195

### APENDICE CRONICAS

<i>Croquis Limeño</i> . . . . .	207
<i>Horas Australes</i> . . . . .	209
<i>Nuevas Savias</i> . . . . .	217